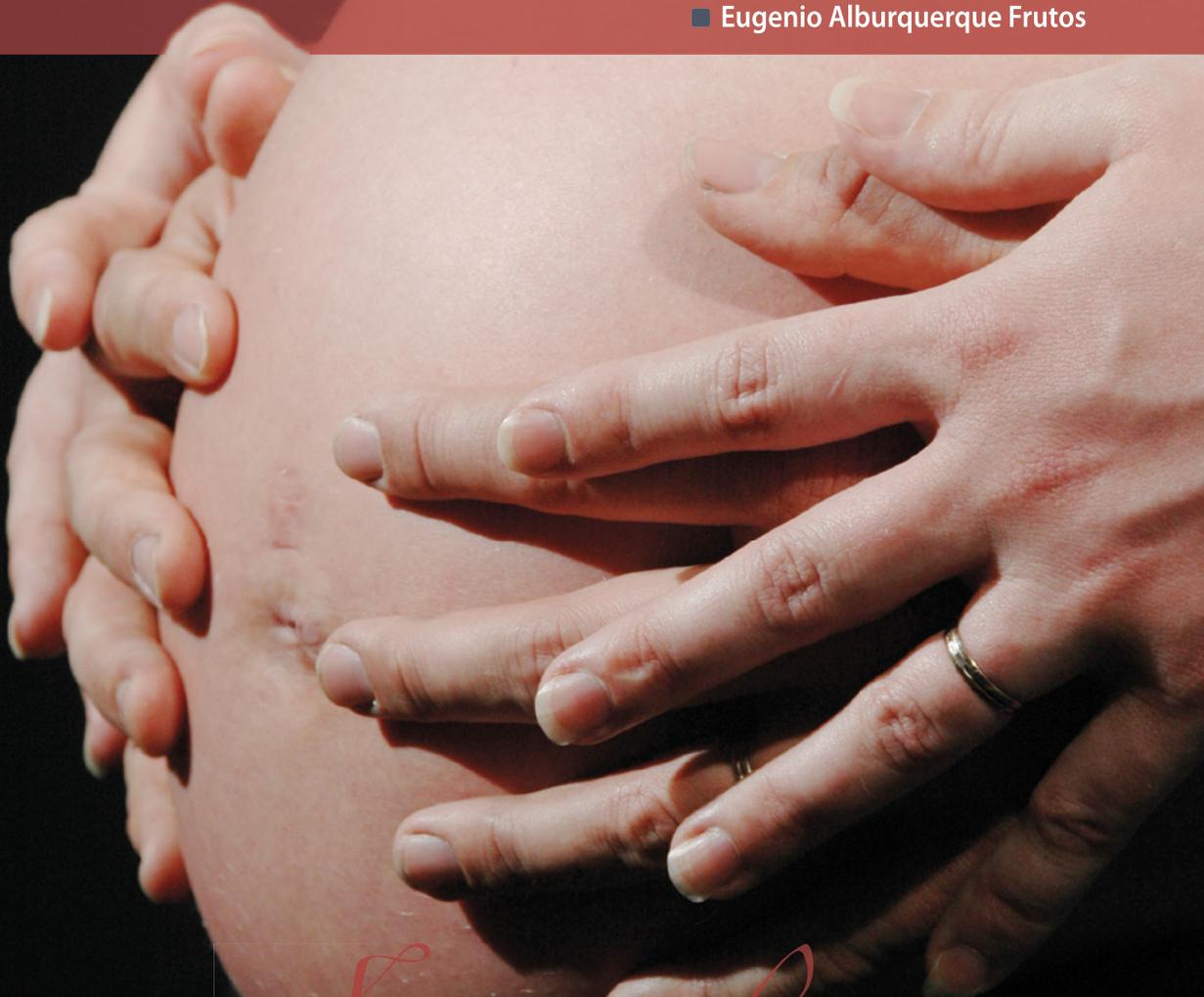




# La familia, santuario de la vida

■ Eugenio Alburquerque Frutos



## *Amoris Laetitia*

*«No puedo dejar de decir que, si la familia es el santuario de la vida, el lugar donde la vida es engendrada y cuidada, constituye una contradicción lacerante que se convierte en el lugar donde la vida es negada y destrozada. Es tan grande el valor de una vida humana y es tan inalienable el derecho a la vida del niño inocente que crece en el seno de su madre, que de ningún modo se puede plantear como un derecho sobre el propio cuerpo la posibilidad de tomar decisiones con respecto a esa vida, que es un fin en sí misma y que nunca puede ser un objeto de dominio de otro ser humano. La familia protege la vida en todas sus etapas y también en su ocaso» (Amoris laetitia, 83).*

## TEMA DEL MES *Amoris laetitia*

El matrimonio es una “íntima comunidad de vida y de amor” (GS 48). Constituye un bien para los mismos esposos y es también, según la expresión del papa **Francisco**, “santuario de la vida”. Por su misma naturaleza, está orientado a la transmisión de la vida y a la educación de los hijos. A ambos aspectos se ha referido con frecuencia la enseñanza de la Iglesia, cuyo pensamiento recoge Francisco en la exhortación *Amoris laetitia*.

### ■ Amor y procreación

Por su misma naturaleza, el amor es siempre fecundo y creador. Así es el mismo amor de Dios. Dios ama, y fruto de su amor es la creación. Los hombres participamos de este amor creador de Dios; y nuestro amor es también creativo. Investigadores, científicos, artistas, poetas, crean lo que aman. Esto alcanza su sentido más pleno al referirlo al amor conyugal. Porque el amor conyugal está ordenado por su misma naturaleza a la procreación. El hijo es siempre el fruto y el don más maravilloso del amor de los esposos.

En la perspectiva cristiana, la fecundidad es una exigencia del amor. El acto conyugal une a los esposos en el amor y los hace aptos para concebir una nueva vida. Esta relación entre el significado unitivo y procreativo del acto conyugal no es algo que pongan los esposos, sino que es el modo de ser los “rectos intérpretes” del lenguaje de la “carne” que los une (cf. AL 70).

Desde el comienzo, el amor rechaza todo impulso a cerrarse en sí mismo, y se abre a una fecundidad que lo prolonga más allá de la propia existencia. Por ello, “ningún acto genital de los esposos puede negar este significado, aunque por diversas razones no siempre pueda de hecho engendrar una nueva vida” (AL 80). El hijo reclama nacer de ese amor, ya que es “el fruto del acto específico del amor conyugal de sus padres”. Por eso, si la familia es el lugar donde la vida es engendrada y cuidada, constituye una contradicción lacerante que se convierta en el lugar donde es negada y destrozada.





### ■ Inmoralidad de la contracepción

La misma dignidad personal del hijo exige ser concebido en un acto de amor conyugal. Por ello, excluir voluntariamente alguno de los dos significados –unitivo o procreativo– hace que tal acto no sea signo de verdadero amor conyugal. Porque la unión sexual une a los esposos en el amor y, al mismo tiempo, los hace aptos para la procreación. Por ello, como recuerda Francisco, la enseñanza de la Iglesia católica juzga métodos ilícitos para la regulación de la natalidad, la interrupción directa del proceso generativo ya iniciado (métodos abortivos), la esterilización directa tanto del hombre como de la mujer y, además, toda acción que “en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga como fin o como medio impedir la procreación” (HV 14).

### ■ Acogida amorosa

La familia es el ámbito de la generación y de la acogida amorosa de la vida que llega como regalo de Dios. Como dice el Vaticano II, “los hijos son el don más excelente del matrimonio y contribuyen sobremanera al bien de los propios padres” (GS 50).

En cada nueva vida descubrimos la dimensión más gratuita del amor. Es importante que el niño que va a nacer se sienta esperado. No es un complemento o una solución para una inquietud personal. Es un ser humano, con un valor inmenso, y no puede ser usado para el propio beneficio. No importa, pues, que esa nueva vida tenga las características que agradan a los padres o que responda a sus proyectos y sueños. Se ama a un hijo por ser hijo. El amor de los padres es instrumento del amor de Dios que espera con ternura el nacimiento de todo niño, lo acepta sin condiciones y lo acoge gratuitamente.

En este sentido, también la adopción es un camino para realizar la maternidad y la paternidad de una manera generosa. El papa Francisco alienta a quienes no pueden tener hijos “a que sean magnánimos y abran su amor matrimonial para recibir a quienes están privados de un adecuado contexto familiar” (AL 179). Adoptar es el acto de amor de regalar una familia a quien no la tiene. Los que asumen este desafío y acogen a una persona de manera incondicional y gratuita se convierten en mediaciones del amor de Dios.

■ Eugenio Alburquerque Frutos



## Nuestros hijos: la bendición de Dios a nuestro matrimonio

Después de casi 30 años en que ante Dios, nuestros familiares y amigos nos dijimos el sí, mirando hacia atrás no podemos menos que dar gracias a Dios por lo mucho que nos ha querido, nos ha acompañado y nos ha bendecido.

En aquellos momentos compartíamos con todos el amor que llenaba nuestros corazones. Ya no era solamente algo nuestro, era de todos. Y Dios en medio acogéndonlo, acompañándolo, acariciándolo. También una promesa: hasta que la muerte nos separe.

No ha sido un amor estático; hoy tampoco lo es. A lo largo de los años se ha tenido que adaptar, madurar, cambiar. Algunas de las primeras ilusiones se han transformado en recuerdos vivos. Otras se han tenido que transformar o cambiar por nuevas igualmente retadoras. También hemos tenido que superar dificultades, la mayor posiblemente la rutina: el día a día en no pocas ocasiones absorbe. Con la mochila, que se sigue cargando, es una gozada seguir caminando, descubriendo lo hermosa que es la vida compartida y dada.



En el camino, muchas riquezas. La mayor de todas, nuestros dos hijos. Su vida es un auténtico regalo para cada uno y para los dos como pareja. Vida cuando, siendo bebés, no podíamos menos que quedar absortos mirando cada detalle de su ser, vida cuando de niños iban creciendo y madurando compartiendo mesa, tiempo, juegos... vida cuando adolescentes comenzaron a preguntarse y responder en primera persona y no siempre éramos lo más importante para ellos, vida cuando de jóvenes trazaron su propio camino y volaron.

Dios con ellos nos dio un auténtico regalo. Su vida ha completado la nuestra dotándola de verdadero significado. Sin ellos no tendría sentido, dejaríamos de ser nosotros. Alimentarlos, quererlos, educarlos, acompañarlos, estar pendientes de ellos... forma parte de nuestro ser. Por ello damos gracias a Dios.

Como el día que bendijo nuestra unión y con ella comenzamos a construir nuestra familia, hoy Dios nos sigue bendiciendo y nos anima a seguir siendo familia descubriendo todos los días lo grande que es vivir en la búsqueda y el encuentro del cariño, la comprensión, la ayuda, la escucha... Familia que se abre a la vida también en la búsqueda y el encuentro de otros: vida al encuentro de vidas.

■ **María José y Fernando**  
Salesianos Cooperadores del Centro local de León